

El viernes santo que hoy celebra la Iglesia es una composición de variados elementos de estilo y procedencia muy distintos. La Iglesia no considera este día como llanto y de luto, sino como día de amorosa contemplación del sacrificio cruento de Jesús, fuente de nuestra salvación. Este día la Iglesia no hace un funeral sino que celebra la muerte victoriosa del Señor.

El elemento fundamental y universal de la liturgia de este día es la proclamación de la palabra, dado que la Iglesia no celebra eucaristía desde antiquísima tradición. El rito se compone de tres partes: la liturgia de la palabra, la adoración de la cruz, y el rito de la comunión.

A) Servicio eucológico alitúrgico: La acción litúrgica conserva la antigua celebración de la palabra. La reunión comprendía -ya en los primeros momentos- un servicio de lecturas, de cantos, de plegarias substancialmente conservados hasta el momento presente. Así nos encontramos con: la entrada en silencio, que nos retrotrae al tiempo en que todavía no había antifona de entrada. Después de la postración y una breve oración se va directamente a las lecturas.

La teología que emerge del puesto que estas oraciones solemnes ocupan después de la proclamación de la palabra de Dios es que la asamblea, iluminada e interpelada por la palabra, se abra a la caridad orando por: la Iglesia, el papa, los órdenes sagrados y por todos los fieles, por los catecúmenos, por la unidad de los cristianos, por los judíos, los no-cristianos, por los que no creen en Dios, por los gobernantes y por los atribulados...

B) Adoración de la cruz: este rito nace como consecuencia de la proclamación de la pasión de Cristo. Es como una celebración épica de la victoria de Cristo sobre el mundo y el pecado mediante la cruz. Canta a Cristo vencedor y ya proclama su resurrección.

C) Rito de comunión: Esta parte de la celebración no es más que un rito de comunión. Parece que en el antiguo uso romano había una doble tradición según la cual el papa y sus ministros hacían la comunión el viernes santo, mientras que el resto del clero y el pueblo lo podía hacer en otras Iglesias. En el s. XII Inocencio III estableció que tanto el pueblo como sus ministros no comulgaran, reservando la comunión al solo presidente de la celebración.

En 1955, con la reforma de la semana santa llevada a cabo por Pío XII se introdujo la práctica de la comunión del viernes santo. El aspecto, positivo del rito es el de que toda comunión hecha fuera de la misa es siempre comunión con Cristo que se ofrece por nosotros en sacrificio al Padre.

SEMANA



SANTA

Viernes Santo



T: Venid y adoremos.

(Mientras se adora la cruz, formados en dos filas, el coro puede cantar: “Venid pecadores” o “Perdón oh Dios mío”).

RITO DE LA COMUNIÓN

(Después de guardar la cruz o el Cristo para la adoración, el celebrante va por el Santísimo y lo pone en el altar para el rito de la comunión).

T: Padre nuestro....

(Se da la comunión a todos los que estén preparados)

(Para despedir al pueblo, el celebrante de pie, mirando hacia el pueblo y con las manos extendidas, dice la siguiente oración):

Señor y Dios nuestro: te pedimos que descienda una abundante bendición sobre tu pueblo, que ha celebrado la muerte de tu Hijo con la esperanza de la Resurrección. Llegue a él tu perdón, concédele tu consuelo, acrecienta su fe y asegúrale la eterna salvación.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Monición final: Nos faltan varias horas para alegrarnos con la Resurrección. Todo lo que queda de este día, mañana sábado durante todo el día, hasta la noche, son momentos de oración y silencio. LA IGLESIA GUARDA SILENCIO POR LA MUERTE DE CRISTO. Respetemos este silencio, para prepararnos a LA GRAN FIESTA DE LA RESURRECCIÓN DE CRISTO. Por la noche podemos rezar el rosario del pésame a la Virgen.

También que en nuestras familias se guarde el silencio discreto y oportuno como señal de recogimiento y disposición ante Cristo que ha muerto pero que resucita en cada uno.

VIERNES SANTO

PRIMER DÍA DEL TRIDUO PASCUAL: VIERNES SANTO

El viernes santo que hoy celebra la Iglesia es una composición de variados elementos de estilo y procedencia muy distintos. La Iglesia no considera este día como llanto y de luto, sino como día de amorosa contemplación del sacrificio cruento de Jesús, fuente de nuestra salvación. Este día la Iglesia no hace un funeral sino que celebra la muerte victoriosa del Señor.

El elemento fundamental y universal de la liturgia de este día es la proclamación de la palabra, dado que la Iglesia no celebra eucaristía desde antiquísima tradición. El rito se compone de tres partes: la liturgia de la palabra, la adoración de la cruz, y el rito de la comunión.

A) Servicio eucológico alitúrgico: La acción litúrgica conserva la antigua celebración de la palabra. La reunión comprendía –ya en los primeros momentos– un servicio de lecturas, de cantos, de plegarias substancialmente conservados hasta el momento presente. Así nos encontramos con: la entrada en silencio, que nos retrotrae al tiempo en que todavía no había antifona de entrada. Después de la postración y una breve oración se va directamente a las lecturas.

La teología que emerge del puesto que estas oraciones solemnes ocupan después de la proclamación de la palabra de Dios es que la asamblea, iluminada e interpelada por la palabra, se abra a la caridad orando por: la Iglesia, el papa, los órdenes sagrados y por todos los fieles, por los catecúmenos, por la unidad de los cristianos, por los judíos, los no-cristianos, por los que no-creen en Dios, por los gobernantes y por los atribulados...

B) Adoración de la cruz: este rito nace como consecuencia de la proclamación de la pasión de Cristo. Es como una celebración épica de la victoria de Cristo sobre el mundo y el pecado mediante la cruz. Canta a Cristo vencedor y ya proclama su resurrección.

C) Rito de comunión: Esta parte de la celebración no es más que un rito de comunión. Parece que en el antiguo uso romano había una doble tradición según la cual el papa y sus ministros hacía la comunión el viernes santo, mientras que el resto del clero y el pueblo lo podía hacer en otras Iglesias. En el s. XII Inocencio III estableció que tanto el pueblo como sus ministros no comulgaran, reservando la comunión al solo presidente de la celebración.

En 1955, con la reforma de la semana santa llevada a cabo por Pío XII se introdujo la práctica de la comunión del viernes santo.. El aspecto, positivo del rito es el de que toda comunión hecha fuera de la misa es siempre comunión con Cristo que se ofrece por nosotros en sacrificio al Padre.

D) El ayuno pascual: La tradición del ayuno pascual es antiquísima. Tertuliano e Hipólito atestiguan que en Roma la celebración anual de la pascua comenzaba con el ayuno del viernes santo y se prolongaba por todo el sábado hasta la celebración de la eucaristía de la vigilia pascual

en la noche del sábado al domingo.

La constitución sobre la sagrada liturgia del Vaticano II ratificó la práctica primitiva para el viernes santo y la aconseja para el sábado. A este ayuno se le llama pascual para que nos haga ver el tránsito, el paso de la pasión a la alegría de la resurrección. Por ello se comprende que el ayuno pascual no sea tenido como elemento secundario, sino integrante de la celebración del triduo pascual.

VIERNES SANTO DE LA PASIÓN DEL SEÑOR

- Según una antigua tradición, la Iglesia, ni hoy ni mañana, celebra los sacramentos excepto, la Reconciliación y la Unción de los enfermos.
- En este día la comunión se distribuye a los fieles únicamente dentro de la celebración de la Pasión del Señor; únicamente a los enfermos, que no pueden asistir a esta celebración, se les puede llevar la comunión en cualquier momento del día.
- El altar debe estar totalmente desnudo: sin cruz, sin candelabros y sin manteles.

Celebración de la Pasión del Señor

- Después del mediodía, alrededor de las tres de la tarde, a no ser que alguna razón pastoral aconseje un horario más tardío (aunque no más tarde que las 21 horas), se realiza la celebración de la Pasión del Señor, que consta de tres partes: Liturgia de la Palabra, adoración de la Cruz, y sagrada Comunión.
- La celebración comienza en silencio. Si hay que decir algunas palabras de introducción, debe hacerse antes de la entrada de los ministros. El sacerdote y el o los diáconos, revestidos con los ornamentos rojos como para la Misa, se dirigen en silencio al altar, hacen reverencia y se postran rostro en tierra o, según las circunstancias, se arrodillan; los fieles también se arrodillan y todos oran en silencio por unos momentos.
- Después, el sacerdote, con los ministros, se dirige a la sede donde, vuelto hacia el pueblo, con las manos juntas, dice una de las dos oraciones siguientes:

Primera parte: Liturgia de la Palabra

- Todos se sientan y se proclama la lectura del profeta Isaías (52,13–53,12) con el salmo correspondiente.
- Sigue la segunda lectura tomada de la carta a los Hebreos (4,14–16; 5,7–9) y el canto antes del Evangelio.
- Luego se lee la historia de la Pasión del Señor según san Juan (18,1–19,42) del mismo modo que el domingo precedente es decir sin cirios ni incienso; se omite el saludo y la signación del libro. La lectura está a cargo de un diácono o, en su defecto, del mismo sacerdote. Sin embargo, es recomendable encomendar a lectores laicos las distintas partes según indica el Leccionario, reservando al diácono o al sacerdote la parte correspondiente a Cristo.
- Concluida la lectura de la Pasión, hágase una breve homilía, y terminada ésta los fieles pueden ser invitados a hacer un tiempo de oración en silencio.

asiste con bondad a nuestros gobernantes,
para que, con tu protección, afiancen en toda la tierra
la prosperidad, la libertad religiosa,
y una paz duradera.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén

X. Por los que sufren

Oremos finalmente, hermanos, a Dios Padre todopoderoso,
para que libre al mundo de toda falsedad, del hambre y de la miseria.
Oremos por los que sufren los horrores de la guerra, de las dictaduras crueles,
de la tortura, de la persecución y de la violencia.
Oremos también por los perseguidos y encarcelados,
y por los que son tratados injustamente por los hombres;
por las víctimas del racismo, por los enfermos, por los moribundos.
Y oremos por las familias que están atravesando momentos de prueba y sufrimiento,
a causa de la falta de trabajo, del desencuentro, de la separación, de la pobreza, de la inseguridad.

Oración en silencio. Prosigue el sacerdote, con las manos extendidas:

Dios todopoderoso y eterno,
consuelo de los afligidos
y fortaleza de los atribulados;
escucha el grito de la humanidad sufriente,
para que se alegre al experimentar tu misericordia
en medio de sus angustias y necesidades.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén

ADORACIÓN DE LA SANTA CRUZ

(Luego el celebrador dependiendo de la forma elegida de adorar la cruz, va a la sacristía acompañado de dos monaguillos o dos personas con una vela o una veladora cada uno y entran con una Cruz para la adoración).

Cel: Mirad el árbol de la Cruz, donde estuvo clavado Cristo, el Salvador del mundo.

Oración en silencio. Prosigue el sacerdote, con las manos extendidas:

Dios todopoderoso y eterno,
concede que quienes no creen en Cristo,
viviendo en tu presencia con sinceridad de corazón,
encuentren la verdad y que nosotros, progresando en
la caridad fraterna y en el deseo de conocerte mejor
seamos ante el mundo testigos más convincentes de
tu amor.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén

VIII. Por quienes no creen en Dios
Oremos también por quienes no reconocen a Dios,
lo niegan o son indiferentes o agnósticos,
para que buscando con sinceridad lo que es recto
puedan llegar hasta él.

Oración en silencio. Prosigue el sacerdote, con las manos extendidas:

Dios todopoderoso y eterno:
tú has creado al hombre para que te buscara con
ansias y hallara reposo habiéndote encontrado;
concede a quienes todavía no te conocen
que se alegren al reconocerte como el único
Dios verdadero, al experimentar, más allá de las
dificultades, los signos de tu amor
y el testimonio de las buenas obras de los creyentes.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén

IX. Por los gobernantes
Oremos también por los gobernantes de todas las
naciones,
especialmente los de nuestro país,
para que Dios, nuestro Señor, según sus designios,
los guíe en sus pensamientos y en sus decisiones
hacia la paz y libertad de todos los hombres;
que trabajen decididamente al servicio de una vida más
digna para todos, una distribución más inteligente de
las riquezas, y una justicia transparente y eficaz.

Oración en silencio. Prosigue el sacerdote, con las manos extendidas:

Dios todopoderoso y eterno,
en tus manos están los corazones de los hombres
y los derechos de los pueblos:

Oración Universal

- La liturgia de la Palabra concluye con la oración universal que se hace de este modo: el diácono o en su ausencia un laico, desde el ambón, dice la invitación que expresa la intención; después todos oran en silencio durante unos momentos y, seguidamente, el sacerdote, desde la sede o, si parece más oportuno, desde el altar, con las manos extendidas, dice la oración. Los fieles pueden permanecer de rodillas o de pie durante toda la oración.
- Ante una grave necesidad pública, el Obispo diocesano puede permitir o mandar que se añada alguna intención especial.

Segunda parte: Adoración de la santa Cruz

- Concluida la oración universal, se realiza la solemne adoración de la Cruz. Procédase en esterito con alguna de las formas siguientes, según la conveniencia pastoral:

PRIMERA FORMA:

- La cruz, cubierta con un velo es llevada al altar, acompañada por dos ministros con cirios encendidos. El sacerdote, de pie ante el altar, recibe la cruz y, descubriéndola en la parte superior, la eleva, invitando a los fieles a adorar la cruz, con las palabras: “Este es el árbol de la Cruz...” ayudado en el canto por los ministros o por el coro. Todos responden “Vengan y adoremos”. Acabada la aclamación todos se arrodillan y adoran en silencio durante unos momentos la cruz que el sacerdote, de pie, mantiene en alto.
- Luego el sacerdote descubre el brazo derecho de la cruz y, elevándola nuevamente, comienza la invitación: “Este es el árbol de la Cruz...”, y se hace como la primera vez.
- Finalmente descubre totalmente la cruz y, elevándola, comienza por tercera vez la invitación: “Este es el árbol de la Cruz...” y se hace todo como la primera vez.
- Después, acompañado por dos ministros con cirios encendidos, lleva la cruz hasta la entrada del presbiterio, o a otro lugar apto, y allí la deja o la entrega a los ministros para que la sostengan, después que han dejado los cirios a ambos lados de la cruz.

SEGUNDA FORMA:

- El sacerdote o el diácono, con los ministros, u otro ministro idóneo, se dirige a la puerta de la iglesia donde toma la cruz descubierta. Desde allí se hace la procesión por la iglesia hacia el presbiterio; los ministros llevan cirios encendidos. Cerca de la puerta, en medio del templo y antes de subir al presbiterio, el que lleva la cruz la eleva y dice la invitación: “Este es el árbol de la Cruz...” a la que todos responden: “Vengan y adoremos”. Después de cada respuesta todos se arrodillan y adoran en silencio, como se ha indicado antes. Luego se coloca la cruz con los candeleros a la entrada del presbiterio.

TERCERA FORMA:

- Pueden combinarse las dos formas anteriores, de modo que se traiga la cruz

procesionalmente como en la segunda forma pero cubierta con un velo; en cada uno de los sitios donde se detiene la procesión, antes del canto de invitación, se descubre una parte de la cruz (como en la primera forma).

Adoración de la santa Cruz

- El sacerdote, los ministros y los fieles se acercan procesionalmente y reverencian la cruz mediante una genuflexión simple o con algún otro signo adecuado, por ejemplo, besando la cruz, según las costumbres del lugar. Mientras tanto se canta la antifona: “Señor, adoramos tu cruz”, los “Improperios” u otro canto adecuado. Los que ya han adorado la cruz regresan a sus lugares y se sientan.
- Concluida la adoración, la cruz es llevada a su lugar en el altar. Los candeleros con los cirios encendidos se colocan cerca del altar o a los lados de la cruz.

Tercera parte: Sagrada comunión

- Sobre el altar se extiende el mantel y se coloca el corporal y el Misal. Luego el diácono, o en su defecto el mismo sacerdote, trae el Santísimo Sacramento desde el lugar de la reserva, por el camino más breve, mientras todos permanecen de pie y en silencio. Dos ministros acompañan al Santísimo Sacramento con cirios encendidos que luego colocan junto al altar o sobre el mismo.
- Después que el celebrador ha colocado sobre el altar el Santísimo Sacramento y ha descubierto el copón, el sacerdote se acerca, hace genuflexión y sube al altar.
- Para despedir al pueblo, el sacerdote, de pie, mirando hacia el pueblo y con las manos extendidas dice la oración sobre el pueblo...
- Y todos se retiran en silencio.
- En el momento oportuno se despoja el altar, quedando solamente la cruz y los cuatro candeleros.
- Los que han participado de la solemne acción litúrgica de la tarde no celebran Vísperas.

Para la celebración de la muerte del Señor.

- 1.- Moniciones para la celebración.
- 2.- Lectores para las primeras lecturas y la pasión dialogada.
- 3.- Tener hojas para la lectura de la pasión y quien las reparta si va a participar la comunidad
- 4.- Signos de muerte en la comunidad.
- 5.- Ornamento rojo (si hay sacerdote).
- 6.- Un Cristo grande y dos velas para la adoración.
- 7.- Guías para el rosario del pésame.
- 8.- Preparar la imagen de la Virgen para el Rosario.
- 9.- Organizar la marcha del silencio.

para que, renacidos en la fuente bautismal, sean contados entre tus hijos.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

V. Por la unidad de los cristianos

Oremos también por todos nuestros hermanos que creen en Cristo, aunque no se profesan católicos; para que Dios, nuestro Señor, reúna y conserve en su única Iglesia a quienes procuran vivir en la verdad.

Oración en silencio. Prosigue el sacerdote, con las manos extendidas:

Dios todopoderoso y eterno,
que reúnes a quienes están dispersos
y conservas en la comunión a quienes ya están
unidos,
mira con bondad el rebaño de tu Hijo,
para que la integridad de la fe y el vínculo de la
caridad
congreguen a los que han sido consagrados por el
único bautismo.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén

VI. Por los judíos

Oremos también por los judíos,
a quienes Dios, nuestro Señor, habló primero,
para que se acreciente en ellos el amor de su Nombre
y la fidelidad a su alianza.

Oración en silencio. Prosigue el sacerdote, con las manos extendidas:

Dios todopoderoso y eterno, que confiaste tus
promesas a Abraham y a su descendencia,
escucha con bondad las súplicas de tu Iglesia,
para que el pueblo de la primera Alianza
pueda alcanzar la plenitud de la salvación.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén

VII. Por quienes no creen en Cristo

Oremos igualmente por quienes no creen en Cristo,
aunque profesan alguna religión,
para que iluminados por el Espíritu Santo,
encuentren también ellos el camino de la salvación.

Oración en silencio. Prosigue el sacerdote, con las manos extendidas:

Dios todopoderoso y eterno,
con tu sabiduría ordenas todas las cosas;
escucha nuestra oración y protege con amor al Papa
que nos diste,
para que el pueblo cristiano que tú gobiernas
progrese siempre en la fe, guiado por este pastor.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

III. Por el pueblo de Dios y sus ministros.

Oremos también por nuestro obispo N.,
pastor de la Iglesia diocesana de N.,
y por todos los obispos;
también por los presbíteros y diáconos
que colaboran con ellos en el servicio al pueblo de
Dios.
Y encomendemos también a todos los que en la
Iglesia
se esfuerzan por construir el Reino de Jesús.

Oración en silencio. Prosigue el sacerdote, con las manos extendidas:

Dios todopoderoso y eterno,
que con tu Espíritu santificas y gobiernas a toda tu
Iglesia,
escucha nuestras súplicas y concédenos tu gracia,
para que todos, según nuestra particular vocación,
podamos servirte con fidelidad.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

IV. Por los catecúmenos

Oremos también por los catecúmenos;
que Dios nuestro Señor los ilumine interiormente,
les abra con amor las puertas de la Iglesia,
y así encuentren, en el bautismo,
el perdón de sus pecados y la incorporación plena a
Cristo.

Oración en silencio. Prosigue el sacerdote, con las manos extendidas:

Dios todopoderoso y eterno,
que fecundas sin cesar a tu Iglesia con nuevos hijos;
acrecienta la fe y la sabiduría de los catecúmenos,

CELEBRACIÓN DE LA MUERTE DEL SEÑOR

(Por la tarde).

M: Hermanos, recordamos hoy el día de la muerte de
Jesús, por su fidelidad al Padre y a su pueblo.

Cristo vino a liberarnos, a romper el yugo opresor de
todos aquellos que corrompen las familias y los pueblos. Por
eso todo hombre que se arriesga en favor de su familia y de
su comunidad, entra en conflicto con quienes se oponen a una
vida nueva en el amor, la verdad, la justicia y la paz.

Quien se compromete en las tareas del Reino de Dios,
poco a poco, tarde o temprano, muere como Jesús. Así mueren
y han muerto muchos cristianos en América Latina, en México
y en nuestra Diócesis. Por ejemplo: el Sr. Obispo Oscar Arnulfo
Romero en El Salvador, el Padre Miguel Agustín Pro en la ciu-
dad de México, el Padre Miguel de la Mora en Colima, y tantos
mártires cristeros, tantos padres que a diario dan su vida por
su familia, por los demás. La muerte de los mártires siempre es
planeada por quien le ha corrompido el poder. Su único delito
es hablar del amor a Dios y a los hombres, principalmente a
los más necesitados y por defender los derechos del pueblo
pobre. Por eso mueren los mártires.

Todos nos ponemos de pie.

(El celebrador, entra en silencio al templo y al llegar al pres-
biterio, se postra un momento en el piso. Después se pone de pie y
prosigue con la siguiente oración.)

Cel. Oremos.... Padre misericordioso, santifica y pro-
tege siempre a nuestras familias, por cuya salvación derramó
su Sangre y resucitó glorioso Jesucristo, tu Hijo, el cual vive y
reina por los siglos de los siglos.

T: Amén.

Lector (1) Primera Lectura:

Lectura del Libro del profeta Isaías: 52, 13–53,12.

He aquí que mi siervo prosperará, será engrandecido y exaltado, será puesto en alto. Muchos se horrorizaron al verlo, porque estaba desfigurado su semblante, que no tenía ya aspecto de hombre; pero muchos pueblos se llenaron de asombro. Ante él, los reyes cerrarán la boca, porque verán lo que nunca se les había contado y comprenderán lo que nunca se habían imaginado.

¿Quién habrá de creer lo que hemos anunciado? ¿A quién se le revelará el poder del Señor? Creció en su presencia como planta débil, como una raíz en el desierto. No tenía gracia ni belleza. No vimos en él ningún aspecto atrayente; despreciado y rechazado por los hombres, varón de dolores, habituado al sufrimiento; como uno del cual se aparte la mirada, despreciado y desestimado.

El soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo tuvimos por leproso, herido por Dios y humillado, traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. El soportó el castigo que nos trae la paz. Por sus llagas hemos sido curados. El soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo tuvimos por leproso, herido por Dios y humillado, traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. El soportó el castigo que nos trae la paz. Por sus llagas hemos sido curados.

Todos andábamos errantes como ovejas, cada uno siguiendo su camino, y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes. Cuando lo maltrataban, se humillaba y no abría la boca, como un cordero llevado a degollar; como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca.

Inicuamente y contra toda justicia se lo llevaron. ¿Quién se preocupó de su suerte? Lo arrancaron de la tierra de los vivos, lo hirieron de muerte por los pecados de mi pueblo, le dieron sepultura con los pecados de mi pueblo, le dieron sepultura con los malhechores a la hora de su muerte, aunque no había cometido crímenes, ni hubo engaño en su boca.

Inicuamente y contra toda justicia se lo llevaron. ¿Quién se preocupó de su suerte? Lo arrancaron de la tierra de los vivos, lo hirieron de muerte por los pecados de mi pueblo, le dieron sepultura con los malhechores a la hora de su muerte, aunque no había cometido crímenes, ni hubo engaño en su boca.

El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento. Cuando en-

dejara llevarse el cuerpo de Jesús. Y Pilato lo autorizó. El fue entonces y se llevó el cuerpo.

Llegó también Nicodemo, el que había ido a verlo de noche, y trajo unas cien libras de una mezcla de mirra y áloe.

Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en lienzos con esos aromas, según se acostumbraba enterrar entre los judíos. Había un huerto en el sitio donde lo crucificaron, y en el huerto, un sepulcro nuevo, donde nadie había sido enterrado todavía. Y como para los judíos era el día de la preparación de la Pascua y el sepulcro estaba cerca, allí pusieron a Jesús.

Celebrador: Palabra del Señor

Todos: Gloria a Ti, Señor Jesús.

Cel: Homilía o Reflexión

ORACIÓN UNIVERSAL**I. Por la santa Iglesia**

Oremos, queridos hermanos, por la santa Iglesia: que Dios le conceda la paz y la unidad, la proteja en toda la tierra y nos permita vivir en calma y serenidad para glorificarlo como Padre todopoderoso.

Oración en silencio. Prosigue el sacerdote, con las manos extendidas:

Dios todopoderoso y eterno,
que en Cristo revelas tu gloria a todos los pueblos,
protege a la Iglesia, obra de tu misericordia,
para que, extendida por todo el mundo,
persevere con fe inquebrantable
en la confesión de tu Nombre.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

II. Por el Papa

Oremos también por nuestro santo Padre, el Papa Benedicto XVI., llamado por Dios, nuestro Señor, al orden episcopal: que Él lo asista y proteja en bien de su Iglesia, para gobernar al pueblo santo de Dios.

hermana de su madre, María la de Cleofás, y María Magdalena. Al ver a su madre y junto a ella al discípulo que tanto quería, Jesús dijo a su madre:

Celebrador: “Mujer, ahí está tu hijo”.

Narrador: Luego dijo al discípulo:

Celebrador: “Ahí está tu madre”.

Narrador: Y desde entonces el discípulo se la llevó a vivir con él. Después de esto, sabiendo Jesús que todo había llegado a su término, para que se cumpliera la Escritura dijo:

Celebrador: “Tengosed”.

Narrador: Había allí un jarro lleno de vinagre. Los soldados sujetaron una esponja empapada de vinagre a una caña de hisopo y se la acercaron a la boca. Jesús probó el vinagre y dijo:

Celebrador: “Todo está consumado”.

Narrador: E inclinándola cabeza, entregó el espíritu.

(En silencio nos arrodillamos un momento)

Narrador: Entonces, los judíos, como era el día de la preparación de la Pascua, para que los cuerpos de los ajusticiados no se quedaran en la cruz el sábado, porque aquél sábado era un día muy solemne, pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y los quitaran de la cruz.

Fueron los soldados, le quebraron las piernas a uno y luego al otro de los que habían sido crucificados con él. Pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas sino que uno de los soldados le traspasó el costado con una lanza e inmediatamente salió sangre y agua.

El que vio da testimonio de esto y su testimonio es verdadero y él sabe que dice la verdad, para que también ustedes crean. Esto sucedió para que se cumpliera lo que dice la Escritura: «No le quebrarán ningún hueso»; y en otro lugar de la Escritura dice: «mirarán al que traspasaron».

Después de esto, José de Arimatea que era discípulo de Jesús, pero oculto por miedo a los judíos, pidió a Pilato que lo

tregue su vida como expiación, verá a sus descendientes, prolongará sus años y por medio de él prosperarán los designios del Señor. Por las fatigas de su alma, verá la luz y se saciará; con sus sufrimientos justificará mi siervo a muchos, cargando con los crímenes de ellos.

Por eso le daré una parte entre los grandes, y con los fuertes repartiré despojos, ya que indefenso se entregó a la muerte y fue contado entre los malhechores, cuando tomó sobre sí las culpas de todos e intercedió por los pecadores. Palabra de Dios.

T: Te alabamos, Señor.

Salmo responsorial

Salmo 30

R/. Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

- A ti, Señor, me acojo,
que no quede yo nunca defraudado.
En tus manos encomiendo mi espíritu
y tú, mi Dios leal, me librarás. Todos...
- Se burlan de mí mis enemigos,
mis vecinos y parientes de mí se espantan,
los que me ven pasar huyen de mí.
Estoy en el olvido, como un muerto,
como un objeto tirado en la basura. Todos...
- Pero yo, Señor, en ti confío.
Tú eres mi Dios,
y en tus manos está mi destino.
Líbrame de los enemigos que me persiguen. Todos...
- Vuelve, Señor, tus ojos a tu siervo
y sálvame por tu misericordia.
Sean fuertes y valientes de corazón,
ustedes, los que esperan en el Señor. Todos...

Lector (2). Segunda Lectura:

Lectura de la carta a los Hebreos: 4, 14-16; 5, 7-9.

Hermanos: Jesús, el Hijo de Dios, es nuestro sumo sacerdote, que ha entrado en el cielo. Mantengamos firme la profesión de nuestra fe. En efecto, no tenemos un sumo

sacerdote que no sea capaz de compadecerse de nuestros sufrimientos, puesto que él mismo ha pasado por las mismas pruebas que nosotros, excepto el pecado. Acerquémonos, por tanto, con plena confianza al trono de la gracia, para recibir misericordia, hallar la gracia y obtener ayuda en el momento oportuno.

Precisamente por eso, Cristo, durante su vida mortal, ofreció oraciones y súplicas, con fuertes voces y lágrimas, a aquel que podía librarlo de la muerte, y fue escuchado por su piedad. A pesar de que era el Hijo, aprendió a obedecer padeciendo, y llegado a su perfección, se convirtió en la causa de salvación eterna para todos los que lo obedecen.

Palabra de Dios.

T: Te alabamos, Señor.

T: Honor y gloria a ti, Señor Jesús.

L: Cristo se humilló por nosotros y por obediencia aceptó incluso la muerte y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó sobre todas las cosas y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre.

T: Honor y gloria a ti, Señor Jesús.

Celebrador: Pasión de nuestro Señor Jesucristo según San Juan:18, 1-19.42

Narrador: En aquel tiempo, Jesús fue con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, y entraron allí él y sus discípulos. Judas, el traidor, conocía también el sitio, porque Jesús se reunía a menudo allí con sus discípulos. Entonces Judas tomó un batallón de soldados y guardias de los sumos sacerdotes y de los fariseos y entró en el huerto con linternas, antorchas y armas. Jesús, sabiendo todo lo que iba a suceder, se adelantó y les dijo:

Celebrador: “A quien buscan?”.

Narrador: Le contestaron:

Pueblo: “A Jesús, el nazareno”.

Narrador: Les dijo Jesús:

Celebrador: “Yo soy”

Narrador: Pilatos, entonces, al oír estas palabras, sacó a Jesús, y lo sentó en el tribunal, en el sitio que llaman “El Enlosado”. Era el día de la preparación de la Pascua, hacia el mediodía. Y dijo Pilato a los judíos:

Pueblo: “Aquí tienen a su rey”.

Narrador: Ellos gritaron:

Pueblo: “¡Fuera, fuera! ¡Crucifícalo!”.

Narrador: Pilatos les dijo:

Pueblo: “¿A su rey voy a crucificar?”.

Narrador: Contestaron los Sumos Sacerdotes:

Pueblo: “No tenemos más rey que el César”.

Narrador: Entonces se los entregó para que lo crucificaran. Tomaron a Jesús y él, cargando con la cruz, se dirigió hacia el sitio llamado “La Calavera”, donde lo crucificaron, y con él a otros dos, uno de cada lado, y en medio, a Jesús. Pilatos mandó escribir un letrero y ponerlo encima de la cruz; en él estaba escrito: JESUS NAZARENO, EL REY DE LOS JUDÍOS.

Leyeron el letrero muchos judíos, porque estaba cerca el lugar donde crucificaron a Jesús, y estaba escrito en hebreo, latín y griego. Entonces los Sumos Sacerdotes y los judíos le dijeron a Pilato:

Pueblo: “No escribas: El rey de los judíos, sino: este ha dicho soy rey de los judíos.”

Narrador: Pilatos les contestó:

Pueblo: “Lo escrito, escrito está”.

Narrador: Cuando crucificaron a Jesús, los soldados cogieron su ropa e hicieron cuatro partes, una para cada uno, y apartaron la túnica sin costura, tejida toda de una pieza de arriba a abajo. Por eso dijeron:

Pueblo: “No la rasguemos, sino echemos suertes para ver a quién le toda”.

Narrador: Así se cumplió lo que dice la escritura: “se repartieron mi ropa y echaron a surte mi túnica”. Y eso lo hicieron los soldados. Junto a la cruz de Jesús estaba su madre, la

púrpura, y acercándose a él le decían:

Pueblo: “¡Viva el rey de los judíos!”.

Narrador: Y le daban de bofetadas, Pilatos salió otra vez fuera y les dijo:

Pueblo: “Aquí se los traigo para que sepan que no encuentro en él ninguna culpa”.

Narrador: Salió pues, Jesús, llevando la corona de espinas y el manto color púrpura. Pilato les dijo:

Pueblo: “Aquí lo tienen”.

Narrador: Cuando lo vieron los sumos sacerdotes y sus servidores gritaron:

Pueblo: ¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!.

Narrador: Pilatos les dijo:

Pueblo: “Llévenselo ustedes y crucifíqueno, porque yo no encuentro culpa en él.”

Narrador: Los judíos le contestaron:

Pueblo: “Nosotros tenemos una ley, y según esa ley tiene que morir, porque se ha declarado Hijo de Dios.”

Narrador: Pilatos oyó estas palabras, se asustó aún más y entrando otra vez en el pretorio dijo a Jesús:

Pueblo: “¿De dónde eres tú?”.

Narrador: Pero Jesús no le respondió. Pilatos le dijo entonces:

Pueblo: “¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para soltarte y para crucificarte?”.

Narrador: Jesús le contestó:

Celebrador: “No tendrías ninguna autoridad sobre mí, si no te la hubieran dado de lo alto. Por eso, el que me ha entre gado a tiene un pecado mayor.”

Narrador: Desde ese momento, Pilatos trataba de soltarlo, pero los judíos gritaban:

Pueblo: “Si sueltas a éste, no eres amigo del Cesar”.

Narrador: Estaba también con ellos Judas, el traidor. Al decirles “Yo soy”, retrocedieron y cayeron a tierra. Jesús volvió a preguntar:

Celebrador: “.A quien buscan?”.

Narrador: Ellos dijeron:

Pueblo: “A Jesús, el nazareno”.

Narrador: Jesús contestó:

Celebrador: “Les he dicho que soy yo. Si me buscan a mí, dejen que éstos se vayan”.

Narrador: Así se cumplió lo que Jesús había dicho: “No he perdido a ninguno de los que me diste”. Entonces Simón Pedro, que llevaba una espada, la sacó e hirió a un criado del sumo sacerdote y le cortó la oreja derecha. Este criado se llamaba Malco. Dijo entonces Jesús a Pedro:

Celebrador: “Mete la espada en la vaina. ¿No voy a beber el cáliz que me ha dado mi Padre?”.

Narrador: El batallón, su comandante y los criados de los judíos apresaron a Jesús, lo ataron y lo llevaron primero ante Anás, porque era suegro de Caifás, sumo sacerdote aquel año. Caifás era el que había dado a los judíos este consejo: “conviene que muera un solo hombre por el pueblo”. Simón Pedro y otro discípulo iban siguiendo a Jesús. Este discípulo era conocido del sumo sacerdote y entró con Jesús en el palacio del sumo sacerdote, mientras Pedro se quedaba fuera, junto a la puerta. Salió el otro discípulo, el conocido del sumo sacerdote habló con la portera e hizo entrar a Pedro. La portera dijo entonces a Pedro:

Pueblo: “No eres tú también uno de los discípulos de ese hombre?”.

Narrador: El le dijo:

Pueblo: “No lo soy”.

Narrador: Los criados y los guardias habían encendido un brasero, porque hacía frío, y se calentaban. También Pedro estaba con ellos de pie, calentándose. El sumo sacerdote interrogó a Jesús acerca de sus discípulos y de su doctrina. Jesús le contestó:

Celebrador: “Yo he hablado abiertamente al mundo y he enseñado continuamente en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos y no he dicho nada a escondidas. ¿Por qué me interrogas a mí? Interroga a los que me han oído, sobre lo que les he hablado. Ellos saben lo que he dicho”.

Narrador: Apenas dijo esto, uno de los guardias le dio una bofetada a Jesús diciéndole:

Pueblo: “Así contestas al sumo sacerdote?”

Narrador: Jesús le respondió:

Celebrador: “Si he faltado al hablar, demuestra en qué he faltado; pero si he hablado como se debe, ¿por qué me pegas?”.

Narrador: Entonces Anás lo envió atado a Caifás, el sumo sacerdote. Simón Pedro estaba de pie, calentándose, y le dijeron:

Pueblo: “No eres tú también uno de sus discípulos?”.

Narrador: El lo negó diciendo:

Pueblo: “No lo soy”.

Narrador: Uno de los criados del sumo sacerdote, pariente de aquél a quien Pedro le había cortado la oreja, le dijo:

Pueblo: “¿Qué no te vi yo con él en el huerto?”.

Narrador: Pedro volvió a negarlo y en seguida cantó un gallo. Llevaron a Jesús de casa de Caifás al pretorio. Era muy tarde y ellos no entraron en el palacio para no incurrir en impureza y poder así comer la cena de Pascua. Salió entonces Pilato a donde estaban ellos y les dijo:

Pueblo: “¿De qué acusan a este hombre?”

Narrador: Le contestaron:

Pueblo: Si este hombre no fuera un malhechor, no te lo hubiéramos traído.

Narrador: Pilato le dijo:

Pueblo: “Pues llévenselo y júzguenlo según su ley”.

Narrador: Los judíos le respondieron:

Pueblo: “No estamos autorizados para dar muerte a

nadie”.

Narrador: Así se cumplió lo que había dicho Jesús, indicando de qué muerte iba a morir. Entró otra vez Pilatos en el Pretorio, llamó a Jesús y le dijo:

Pueblo: “¿Eres tú el Rey de los Judíos?”.

Narrador: Jesús le contestó:

Celebrador: “¿Eso lo preguntas por tu cuenta o te lo han dicho otros?”.

Narrador: Pilatos respondió:

Pueblo: “¿Acaso soy judío? Tu pueblo y los sumos sacerdotes te han entregado a mí. ¿Qué es lo que has hecho?”.

Narrador: Jesús le contestó:

Celebrador: “Mi reino no es de este mundo. Si mi Reino fuera de este mundo, mis servidores habrían luchado para que no cayera yo en manos de los judíos. Pero mi Reino no es de aquí.

Narrador: Pilatos le dijo:

Pueblo: “¿Con qué eres rey?”.

Narrador: Jesús le contestó:

Celebrador: “Tú lo has dicho. Soy rey. Yo nací y vine al mundo para ser testigo de la verdad”.

Narrador: Pilato le dijo:

Pueblo: “¿Y qué es la verdad?”.

Narrador: Dicho esto, salió otra vez a donde estaban los judíos y les dijo:

Pueblo: “No encuentro en él ninguna culpa. Y es costumbre entre nosotros que por Pascua ponen en libertad a un preso. ¿Quieren que suelte al rey de los judíos?”.

Narrador: Pero ellos contestaron:

Pueblo: ¡No, a éste no; a Barrabás.

Narrador: Entonces Pilatos tomó a Jesús y lo mandó azotar. Y los soldados trenzaron una corona de espigas, se la pusieron en la cabeza y le echaron encima un manto color